

DOMINGO V DEL TIEMPO ORDINARIO (B)
Homilía del P. Valentí Tenas, monje de Montserrat
8 de febrero de 2015
Job 7,1-4.6-7 / 1 Cor 9,16-19.22-23 / Mc 1,29-39

Estimados Hermanos y Hermanas,

En un restaurante de autopista, en el centro-sur de Italia, unos camioneros veteranos discutían acaloradamente en voz alta y con la consecuente gesticulación de manos y brazos. De repente, uno de ellos, de pie, dijo con tono solemne: ¡"La mia suocera" (mi suegra) es peor que la de San Pedro!

Personalmente no puedo juzgar si era buena o mala, la suegra de San Pedro... Pero, gracias a su "fiebre", goza de unas líneas en la Sagrada Escritura, privilegio que no goza ni la mujer ni los hijos de san Pedro. Permittedme, sin embargo, y con mucho respeto, hacer una pequeña constatación sobre esta mujer. Una ama de casa buena, que ve cómo su yerno, Simón-Pedro, originario del pueblo vecino de Betsaida, deja su trabajo de pescador y todas las obligaciones para con su familia, deja todo para seguir, días y días, a un joven Rabí de Nazaret; y, para más desgracia, hoy sábado, día de fiesta, el yerno invita a su hermano Andrés, a los hermanos Santiago y Juan, y a Jesús, todos, a comer a casa, después del culto sinagogal, en Cafarnaún. ¡Comprendo que esta buena suegra tenía motivos suficientes para tener unas décimas de fiebre! Pero no era mala, como decía el camionero Italiano, sino muy servicial.

Jesús entra en la habitación donde yacía la enferma, señal de mucha confianza y franqueza de parte de los familiares de la casa. El Maestro le dio la mano y utiliza el verbo en imperativo: Levántate, un levántate aplicado a menudo al hablar de Resurrección. La presencia de Jesús es siempre signo de salvación y de esperanza. Tocar a una persona achacosa y curarla comportaba, de hecho, la impureza ritual, según la Ley, y la ruptura del reposo sabático (día festivo en el que no se podía hacer ningún trabajo). Pero Jesús es la nueva doctrina, la nueva ley. Él es la nueva autoridad sobre toda norma, frente a todo dolor y todo mal. Él es el amor infinito para todos nosotros. Como dice el profeta Isaías (30, 26), "Cuando el Señor vende la herida de su pueblo".

La respuesta de la suegra al sentirse curada no es una palabra de agradecimiento. No es un gesto de reverencia, de la cortesía normal en aquel tiempo. No es una postración de adoración. Su demostración, su respuesta, es de servicio, de diaconía; de servir a la Mesa de la Iglesia naciente, de la nueva Comunidad Cristiana presidida por el mismo Jesucristo.

Al atardecer de ese mismo sábado, con la puesta del sol y con la luz de las primeras estrellas, el reposo total del Sabbath, prescrito por la ley, llegaba a su fin: era ya un nuevo día. Por lo tanto, ya era permitido, según la ley, transportar a los enfermos fuera de casa. La población entera se agolpaba a la puerta, y Jesús con toda autoridad y poder curó a muchos enfermos, y sana muchas personas de diversas dolencias.

Terminada aquella intensa jornada en Cafarnaún, y tras un breve descanso, Jesús se retiró en un lugar solitario para orar: el Ora et Labora, el reza y trabaja. Enlazar y combinar la oración y el trabajo que recalca nuestro padre san Benito.

Era tan grande la actividad de Jesús, que necesitaba establecer un tiempo de oración y unos momentos de oración exclusivos, escogidos, en la soledad, en la tranquilidad y en el gran silencio de la noche.

En la oración, Jesús obtiene la fuerza necesaria para llevar a cabo su misión: la curación y la predicación de la Buena Nueva.

La jornada en Cafarnaún viene a ser para todos nosotros un programa de vida: un tiempo de oración, un tiempo de trabajo y un tiempo de vida social y familiar.

Hoy domingo, día del Señor, celebramos sobre esta mesa la Eucaristía en comunidad de oración. A la hora de comer, formaremos Iglesia Doméstica, en casa, compartiendo en familia, el plato en la mesa. ¡Valorad quien presta el servicio! Y si tenéis un enfermo, con fiebre o no, id a verlo y dadle la mano, porque Él es el Cristo, y vosotros lo visitáis en Nombre de Cristo.